

DE LOBOS Y MIMOS

Hubo un tiempo en que los males y las desgracias del hombre eran extrínsecos a su modo de vida. En el amanecer de la historia los terremotos, las inundaciones, las sequías, las plagas, etc. se percibían como acciones de origen celeste y sobrenatural. Origen con sede en un Olimpo de seres divinos de pelaje diverso que se comunicaban con los hombres a base de conmociones geológicas y climáticas. En cambio, de un tiempo a esta parte, el progreso de la humanidad ha servido para amortiguar el efecto devastador de tales acciones naturales. Poco a poco, el miedo menguó, y la distancia entre lo celeste y lo terrestre se redujo. El hombre empezó a emanciparse de la naturaleza y a perderle el miedo y el respeto. Se había vuelto autónomo respecto de ella e incluso respecto de sí. Comenzó la etapa de sometimiento de lo natural y de sí mismo al libre arbitrio de un sujeto declarado moderno. Y al cabo del tiempo, ese sujeto se emancipó del mundo del hombre y de Dios. Fue entonces cuando los males ya no tenían por origen el malhumor de los dioses, sino la falta de pericia y de ética del hombre. Las desgracias y los peligros ya no eran extrínsecos sino que tenían por fuente nutricia su interior, algo que ya había declarado el mundo judío desde su errante caminar por el desierto. El hombre moderno se bastó a sí mismo. ¿No quería autonomía? Toma: un kilo. El origen de las desgracias y los sufrimientos no era extrínseco sino intrínseco al hombre haciendo cierto el *dictum* según el cual “*no es cierto que no se pueda construir un mundo sin Dios, pero al hacerlo se construye un mundo contra el hombre*”.

Ciertamente, en el primado de los horrores que el hombre puede provocar está la guerra y la muerte de los inocentes y los indefensos. Ni qué decir, si la guerra es injusta o preventiva. Pero nos hemos vuelto sofisticados, postmodernamente sofisticados en la manera de generar angustia, inquietud, sufrimiento y ansiedad. Hoy en día, la guerra es una forma burda y pre-civilizada de hacer sufrir. Podemos atinar en la diana elaborando simplemente un modo de vida fundado en la satisfacción y en la perpetuación del bienestar. Un bienestar que puede requerir acciones arriesgadas de índole industrial, químico o energético, capaces de generar conmociones naturales letales, incontrolables por el hombre en un alarde de “sobre-humanidad”. Sea la sobrehumanidad la capacidad de que el contenido destruya el continente. Visto así, hoy podemos ser más perversos que perversos pudieran ser los dioses de la Antigüedad olímpica.

Esta crisis, que si dura mucho más acabará hasta con los ricos porque se habrán quedado sin mano de obra, y, que empieza a generar ansiedad común y una forma generalizada de psicosis, **no es de origen celeste ni olímpico es de origen terrestre y humana**, demasiado humana, que diría Nietzsche. Esta, la hemos parido nosotros solos y de nuevo, en la vieja reedición de la historia, pagarán y soportarán proporcionalmente más, los más débiles y algún chivo expiatorio.

Hubo un tiempo en que el hombre era el lobo para el hombre. Después lo fue el Estado. Ahora lo es el Mercado. En efecto, cuando con la anuencia social generalizada hemos puesto al lobo (ahora el mercado) a cuidar de las ovejas porque el mercado garantizaba la satisfacción de toda suerte de deseos, borrachos de

satisfacción, no percibíamos que al llegar la noche, el lobo daría buena cuenta de su grey encomendada. La secuencia, consciente o no, ha sido ésta: primero, anestesia generalizada en la forma de la bulimia consumista y segundo, conversión del Estado en aquel cuyo poder quedó reducido a convertir los deseos consumistas en derechos ¡Ya se sabe lo que pasa cuando los padres miman a los niños en exceso! El efecto ha sido la debilitación del Estado y su reducción a mero garante de derechos. Después, el Mercado se ha emancipado del Estado y se ha vuelto transnacional. Le ha hecho una vaselina al padre y ahora se despacha alegremente con el hijo. El mercado ahora no tiene que obedecer a instancia reconocible, fija y localizable superior a él. Se ha vuelto apolítico: un sueño consumado.

Y cuando nos han despertado de la borrachera y nos han dicho que el lobo se estaba comiendo a las ovejas, cuando hemos avisado al Estado para que reaccionara con su poder porque ha dejado de satisfacer el deseo en la forma de derechos, éste nos dice que a ver quién es el guapo que le dice al Mercado que se relaje. Nos hemos quedado sumidos en la “desgobernanza”. Y es que de tanto exigirle al padre, bajo pena de llanto y follón, lo hemos reblandecido. Queda eso sí, una instancia no de índole física pero sí localizable en la moral de todos los hombres de buena voluntad a la que debieran sujetarse los políticos y los gurús de las finanzas, a saber: el bien común. “Moral y bien común que han de servir para refundar la política”. Porque **un futuro sin política, me temo, es peor que un futuro sin mercados.**



Rafael García Sánchez

Grupo de Estudios de Actualidad